

Crisis. 2ª Época (1986-1987). Una revista con los tiempos cambiados¹

Adriana A. Bocchino
Universidad Nacional de Mar del Plata

Resumen

El primer número de *Crisis*, segunda época, aparece en 1986. Difiere en forma y contenido de la primera publicación (1973/1976) acentuando, durante la democracia, un perfil social y político por sobre el antropológico, literario y artístico que la habría caracterizado. El trabajo se concentra sobre esta segunda época -de 1986 a 1987, entre los números 41 a 53-, cruzada por las polémicas y los desencuentros ideológicos. Se pregunta por el marco de la publicación, su recepción, contenido y estrategias, mostrando el camino equívoco que habría sellado su destino. El nuevo proyecto implica una recapitulación política al tiempo que pone el arte y la literatura como apósitos de aquel entramado. El rol del artista o del intelectual, exigido en términos de compromiso, será así repuesto, contradictoriamente, como producto cultural mercantilizado.

Palabras clave

Revista *Crisis* - 2ª época - campo intelectual - historia - política

Abstract

In 1986, the first issue of *Crisis* was published within its second period. It was quite different in form and content from that of the first period (1973-1976) as during this second democratic period it placed its focal point on a social and political line, over the

anthropological, literary and artistic line of the first period. This work focuses on that second period (1986-1987; numbers 41-53), an age full of ideological controversy and misunderstanding, and it examines the context of publication, reception, contents and strategies in order to show the misguided approach which may have helped shape its destiny. The new project implies a political reconsideration which places art and literature as accessory to a broader framework. The artist's or intellectual's role, subject to the demands of commitment, will be reinstated, though contradictorily, as a marketable cultural product.

Keywords

Crisis magazine - 2ª era - intellectual field - history – politics

La aparición de la revista *Crisis* en la década del '70 constituye un hito entre las publicaciones dedicadas a la cultura: nunca antes se habían invertido semejantes recursos económicos para una revista de este tipo, como lo hizo Federico Vogelius, ni se había convocado la diversidad de autores, artistas y ensayistas que firman sus páginas.

El primer número sale el 1º de mayo de 1973 y el 40, último de esta primera época, con una frecuencia mensual, en agosto de 1976. Respecto de este primer momento -puesto que me quiero referir especialmente a la segunda época- cabe ser dicho que no se trató sólo de la publicación de una revista sino de la construcción de una empresa cultural que la incluía junto a la colección *Cuadernos de Crisis* y la Editorial, cuyo objetivo declarado se vinculó a la “divulgación de su concepción de la literatura latinoamericana”.² *Ideas, Letras, Artes en la Crisis*, el primer nombre de la revista que devino *Crisis*, por el destacado de la palabra en tamaño titular, pretendió ser la expresión de una izquierda nacionalista haciendo converger, en un proyecto latinoamericanista, marxismo y nacionalismo popular. Vinculada ideológicamente con

el semanario uruguayo *Marcha*, su primer director editorial fue Eduardo Galeano, secretario de aquel medio entre 1961 y 1964, y un colaborador permanente el dibujante Hermenegildo Sabat.

Y, aunque declaraba abiertamente un compromiso político como eje estructurante de una estética, la revista no estuvo cerrada a casi ninguna tendencia. Véase como ejemplo el índice de autores, materias y temático, que abarca los números 1 a 54, aparecido junto al número homenaje, *Antología de lo mejor de Crisis*, el N° 76 de la tercera época, de enero de 1990: allí, el relevamiento de lo que corresponde a aquellos números permite armar el mapa intelectual entre 1973 y 1976 en la Argentina con tal densidad que el abanico de posibilidades impide definir un posicionamiento partidario. Resultaría difícil reproducir ahora todos los materiales pero baste decir que allí tuvieron lugar la vieja y la nueva poesía -Jorge Luis Borges y Leopoldo Lugones pero también Francisco Urondo, Juan Gelman, Fernández Retamar y Roque Dalton por nombrar sólo algunos-, la narrativa -con Macedonio Fernández, Ernesto Sábato, Ricardo Piglia, Rodolfo Walsh, David Viñas, Daniel Moyano, Jorge Asís, Andrés Rivera, Luis Guzmán, Juan Carlos Martín, Liliana Heker, etc.-, el ensayo escrito por los que hoy reconocemos como críticos consagrados -Roberto F. Retamar, Ángel Rama, Eduardo Romano, Beatriz Sarlo, Ezequiel Martínez Estrada, Fermín Chávez, Jorge B. Rivera, entre otros-, las entrevistas -a Julio Cortázar, Arturo Jauretche, Santiago Cogorno, Helder Cámara, Clarice Lispector, etc.-, los trabajos de investigación social -de Vicente Z. Lema, Noemí Ulla, Aníbal Ford, Blas Matamoro, Norberto Galazo, Rogelio García Lupo, en una larga lista-, los testimonios, las cartas y los reportajes, acompañados por una introducción, fragmentos inéditos fascimilares, una cronología, una bibliografía e ilustraciones

entre las que se destacan los dibujos de Sabat que, las más de las veces, se constituyeron en la caricatura por antonomasia del reportado.³

Así, para el primer año que la revista estuvo en la calle, podía leerse en el número 12, la única editorial: “Si algún camino hicimos, lo hicimos al andar, sin anunciar el paso con estridentes manifiestos ni declaraciones de principios. La revista es lo que su contenido dice que es: un vínculo de difusión y de conquista de una identidad nacional y latinoamericana, que quiere ser útil en el marco mayor de las luchas de liberación”.

La tirada de la revista, con oscilaciones, estuvo entre los veinte y treinta y cuatro mil ejemplares (20.000 decía el número 4, 25.000 el 18 y 34.000 los números 25 y 26). Obligada a cerrar por la dictadura, a la que sobrevivió sólo cinco meses, la mayoría de los colaboradores debieron exiliarse si bien algunos, con peor suerte, pasaron a formar parte de la terrible lista de desaparecidos, tal el primer caso como lo fue el de Haroldo Conti.

Con el golpe de Estado de marzo de 1976 comenzaron las llamadas desde la Casa de Gobierno para que los responsables presentaran el material antes de llevarlo a imprenta. Las amenazas contra los integrantes de la redacción arreciaron, y en mayo de ese año fue secuestrado el escritor Haroldo Conti. (García: 25).

Federico Vogelius, gravemente enfermo, alcanzó, sin embargo, a ver el comienzo de la segunda época de *Crisis*. Desde su exilio en Londres se había comunicado con Galeano para contarle que pensaba volver a intentarlo apenas existie-

ra la posibilidad. Con el retorno de la democracia se allanaron las condiciones para la reaparición. Por entonces Galeano se había nuevamente radicado en Montevideo, ello impidió que se hiciera cargo de la dirección y, ante la imposibilidad de reunir el mismo grupo inicial -Gelman tampoco estaba en el país- Zito Lema, que sucedió a Galeano en la dirección periodística, convocó a Osvaldo Soriano, quien acompañó el proyecto como asesor durante algunos meses.

El primer número de *Crisis* de esta segunda época, el 41, que apareció en 1986, difería notablemente de la publicación de la primera época, no sólo en la forma que le dio Oscar Smoje, director de arte, a través de las nuevas tapas multicolores y las múltiples ilustraciones interiores, sino también en el alto contenido político y, hasta podría decirse sectario, sin la amplitud ideológica que había mostrado en la primera época. Como dije, su director periodístico es ahora Vicente Zito Lema, y Osvaldo Soriano y Eduardo Galeano, asesores editoriales.

La portada, en un epígrafe, bajo el título “Los autores ausentes” aclara:

Como ya nadie podrá olvidar, hace diez años la Argentina entraba de lleno en el terrorismo de Estado. Obreros, estudiantes, artistas y escritores fueron asesinados o desaparecieron en la más gigantesca operación masacre que haya conocido el país. Simultáneamente, miles de hombres y mujeres sufrieron la tortura y la cárcel. Muchos otros debieron exiliarse.

Entre los muertos y los que siguen condenados al horror sin fin de la desaparición, figuran Francisco Urondo, Rodolfo Walsh,

Haroldo Conti, Roberto Santoro, Miguel Ángel Bustos y Raimundo Gleizer, parte entrañable de la historia de Crisis, que hoy reaparece y no los olvida.

El epígrafe da entrada a un editorial de Eduardo Galeano que, sintomáticamente, se defiende de cierta acusación de neutralidad mientras explicita el programa no dicho que estructuró los primeros cuarenta números:

Sólo por ignorancia o por mala fe se podría insultar a Crisis llamándola neutral. No hicimos una revista inocente: no creíamos, no creemos, que los vientos del espíritu soplen por encima de las contradicciones del mundo. Ahora que la moda manda regar las flores de los jardines del Orden, no viene mal recordar que Crisis tuvo la subversiva costumbre de tomar partido entre los condenados de la tierra y los que viven a sus costillas, entre la libertad de la gente y la libertad del dinero [...] ¿Qué se propuso Crisis? La revista jamás publicó una declaración de propósitos, y sin embargo sus cuarenta números hicieron cierto camino al andar [...] Crisis quiso contribuir a la democratización de la cultura. Creíamos, creemos que la democracia no será del todo democracia mientras el voto sea universal pero la voz no. Creíamos, creemos que la cultura auténtica implica el derecho de crear y no sólo el derecho a consumir lo que producen los intelectuales y lo que imponen el sistema educativo y los medios de comunicación.

La salida del número 42 coincidió con la muerte de Federico Vogelius y si ya se podía advertir cierta dificultad para articular tendencias desencontradas -por ejemplo el tono nostálgico del editorial de Galeano junto a las notas subsiguientes de Bocanera y Becerra, de carácter militante, “Las izquierdas en América latina. Utopía, crisis y transformación”- y el pormenorizado estado de situación en países de Latinoamérica (Argentina, Bolivia, El Salvador, Brasil, Chile, México, Perú y Uruguay)- el proceso se acentuó número a número. Aquel primer número, de esta segunda época, presentaba, además, incisivos artículos sobre los intelectuales, sobre el rol desempeñado por los intelectuales, escritos por David Viñas, León Rozitchner, Juan José Sebrelí y otros, junto a las recopilaciones de ciertos textos de Borges, Cortázar, Benedetti, Tizón y Drumond de Andrade; la micronarración del secuestro, muerte y destino de Haroldo Conti por Vicente Zito Lema y Alipio Paoletti; la historieta de Sasturain y Breccia adaptando el cuento de Gimaraes Rosa, “Antiperiplea”, que había salido en el primer número de la primera época; un ácido análisis de la Feria del Libro instituida por la dictadura y el analfabetismo que, en ese momento, llegaba al 32 % de la población mayor de 15 años, la deserción escolar en el área urbana, que alcanzaba el 37,50 %, y en el área rural, que superaba el 70%, por Carlos María Domínguez, también secretario de redacción de la revista; una nota sobre la decadencia del suelo; las multinacionales en las artes a través de los concursos, los jurados; el humor, el teatro, el cine; una entrevista a Manuel Puig, por Giovanna Pajetta, y tres reseñas sobre libros de ensayo político.

Si el 41 era un número que podría denominarse *del rescate*, de lo que había quedado detrás del muro antes de iniciarse la dictadura, los números subsiguientes van a insistir y profundizar la línea más dura, hasta que el número 51 pre-

senta algunas modificaciones y las primeras bajas: Carlos María Domínguez y Jorge Boccanera se retiran porque no comparten la línea editorial. También se va Oscar Smoje, responsable de la criticada imagen de *Crisis* en esta segunda época por razones totalmente diferentes. La revista acentuó un perfil social y político por sobre lo antropológico, literario y/o artístico que había predominado anteriormente. Este período culminó con la llegada del papa Juan Pablo II a la Argentina, en marzo de 1987, y con la edición del número 52 dedicado al pontífice desde una ácida crítica ilustrada por León Ferrari. La cuestión trajo serios problemas a la revista, no sólo con la derecha de un país que todavía justificaba las aberraciones de la dictadura en nombre de un ideario patriótico católico sino, también, con la familia de Vogelius, muy católica, que la sostenía económicamente desde su muerte. Al decir de Vicente Zito Lema, la familia ya no coincidía con la posición que había tomado la publicación (García: 25).

Para el primer aniversario, coincidente con el aniversario de la muerte de Federico Vogelius, salía el número 53, último de lo que llamamos la segunda época. A esta altura, Zito Lema seguía como secretario periodístico y Carlos Aznárez, antes colaborador, había pasado a ser secretario de redacción, en tanto Martín Kovensky director de arte. Este último número, con sus modificaciones de personal, se abre, paradójicamente, con una despedida:

A la muerte de Federico Vogelius en el otoño pasado, sus herederos decidieron continuar editando Crisis [...] durante todos estos meses tuvimos una cordial relación con la familia Vogelius, reanudando la que había interrumpido nuestro forzado alejamiento del país.

Ahora, precisamente en el primer aniversario de la segunda época de la revista, deciden cerrar sus puertas. Nos sorprende y duele la decisión.

Somos únicos y absolutos responsables de cada una de las páginas de Crisis; nada de lo que está allí nos resulta ajeno, contradice nuestros sentimientos ni ideología.

Para completar la escena [...] llega al país Juan Pablo II. El telón está levantado y cada uno deberá actuar. Las máscaras serán prohibidas. Los silencios deshechados [...] Nuestra posición es de crítica al Papa, no para ofender a los que honestamente sostienen una visión cristiana del mundo, sino por entender que Wojtila, como la mayor parte de la jerarquía eclesiástica argentina, responde mejor a las prácticas y al espíritu de la Inquisición que a la vigencia del reino de los humildes en esta tierra, por el que fue sacrificado Jesucristo.

Aceptamos que nuestras ideas, o la forma de expresarlas, resulten equivocadas, agresivas o extemporáneas. Pero a la par nos arrogamos ser coherentes, cuando escasea esta moneda y su posesión, o su búsqueda, se castiga como pecado.

La despedida, sin embargo, vuelve a abrirse en otra publicación, en julio del mismo año, *Fin de Siglo*, dirigida por Vicente Zito Lema y poblada en su mayoría por los ex colaboradores de *Crisis*. Eduardo Luis Duhalde como director

editorial, Carlos Aznárez y Roberto Jacoby se encuentran en el Consejo Editorial, en tanto aquí ya no figuran los asesores.

A pesar de que, según instrucciones dejadas por Federico Vogelius, Galeano y Zito Lema debían quedarse con el nombre de *Crisis*, su familia lo vendió al empresario José Díaz Colodrero, vinculado a una reciente editorial, Puntosur. Invitados a continuar, a cambio de ablandar la línea, la mayor parte del equipo decide fundar la nueva publicación antes mencionada. A esta altura, *Crisis* sigue saliendo pero con un formato de tapas absolutamente diferente y dirigida por José Luis Díaz Colodrero. Como director editorial aparece Eduardo Jozami y vuelven Carlos María Domínguez como director periodístico y Jorge Boccanera como jefe de redacción. En esta etapa, Eduardo Galeano continúa como asesor y se suma en la misma línea Aníbal Ford. El tono de esta tercera época, que llega hasta diciembre del '89, aunque en forma discontinua, especialmente en su distribución para el interior del país, ha variado bastante.

Zito Lema, desde el inicio de *Fin de siglo*, en su primer número, dirá en “Adiós *Crisis*” como primera nota:

Cerramos el pasado sin ocultar la pena, pero con la misma firmeza que mueve al trapequista a seguir avanzando sobre la cuerda tendida. No hay mayor abismo que el miedo. No hay otro remedio contra el miedo que seguir avanzando. Así de simple.

Adiós Crisis, adiós. Todas las cuentas, esta noche, quedan saldadas.

Lo dicho augura el camino a ser seguido por *Crisis*, tercera época, en los peores términos. Ahora, sin embargo,

quiero concentrarme en los números de la revista durante la segunda época -de 1986 a 1987, los números 41 a 53-, cruzada por desencuentros ideológicos y el deseo de la familia Vogelius por deshacerse de ella.⁴

En principio cabría hacerse una batería de preguntas. ¿En qué marco tiene sentido esta publicación? ¿En el marco sociopolítico argentino, en el estrictamente artístico cultural, en el académico? ¿A quién está dirigida? ¿Se trata del mismo público al que estaba dirigida *Crisis* en su primera época? ¿Se trata de una revista de arte o de política? ¿Cuál es el concepto de cultura que tiene ahora *Crisis*? ¿Es diferente al de la primera época? ¿Es absolutamente el mismo?

Tratemos de ordenar un poco las cosas empezando por el título. En principio, esta nueva *Crisis* olvida, de alguna manera, parte de su nombre, “Ideas, Letras, Artes en la...” se achica tipográficamente cada vez más para antonomizarse como *Crisis* a secas. Si bien Federico Vogelius aparece como director, es Vicente Zito Lema quien pisa fuerte, incluso frente a Eduardo Galeano, quien resulta una especie de padre espiritual que atraviesa desde la primera época hasta la última y opera como nexo, también en la relación mantenida con la revista uruguaya *Marcha*, y al que, parece, no tocan las renchillas ideológicas.

Si se compara cualquier índice de la revista de la primera época con el primero del número 41 de esta segunda época, podrán advertirse diferencias notables: ahora, en pleno 1986, con la democracia instalada y en medio de lo que se llamó la “primavera democrática” por una serie de manifestaciones optimistas que no vienen a cuento, se propone una fuerte radicalización política junto a una estética que me atrevería a llamar vieja. Es decir, una reevaluación de las Izquierdas en América Latina -muy necesaria, sin duda, tras

las consecuencias de los diversos gobiernos dictatoriales que habían empezado a levantar campamento en el continente después de haber ejercido las formas más terribles de la represión, según un sistema planificado en detalle en términos estratégicos-, junto a una propuesta, en arte, de reciclaje netamente sesentista. Si bien es notable la producción editorial en el campo político -habría que especificar: en el campo político de las “izquierdas”- no hay asomo de renovación o puesta al día en el campo artístico literario aunque lo que se publica en este sentido se refiera a “inéditos”. Los nombres de tapa son, en el ‘86, Borges, Cortázar, Benedetti, Drummond de Andrade y Tizón. Viejos conocidos del viejo lector de *Crisis* pero figuras difíciles si se pretende captar, en una nueva convocatoria, al público más joven que, por supuesto, no conocía la publicación y para los que estos nombres están más cerca del manual escolar que de las revistas que, por esa época, le estaban especialmente dedicadas (*Cerdos y Pesces, Pelo* o *Fierro* por ejemplo). El mismo Héctor Tizón, en la reunión inicial, dice:

Una vez, reunidos en un galpón para anunciar el segundo lanzamiento, le dije al gordo Soriano, que estaba sentado a mi lado: ‘Esto no va andar’. Recuerdo que me criticó por ser pájaro de mal agüero. Pero yo me refería a que no había jóvenes entre los que asistieron ese día, y eso predecía que no íbamos a tener para quién hacer la publicación. (García: 25)

Si los lectores de *Crisis*, primera época, tenían entre veinte y cuarenta años cuando dejó de salir, para 1986 tienen entre 30 y 50, resultan ser sobrevivientes, de alguna manera, de la dictadura, y vuelven a reencontrarse en democracia.

¿Para qué? ¿Para recordar? ¿Ponerse al día? ¿Recuperar lo perdido? ¿Saldar cuentas?

En todo caso, el nuevo proyecto de *Crisis*, segunda época, tiene bien poco de programa hacia delante y si, más bien, la implicancia de una recapitulación, como si fuera necesario poner cada cosa en su lugar, después del tornado, y especialmente en política, puesto que, aun cuando se dijera otra cosa, el arte y/o la literatura funcionan aquí como apósitos del entramado político, no son lo político y bien pueden organizarse en una columna aparte. Es decir, si el rol del intelectual va a estar reclamado, exigido, políticamente hablando, la misma revista repone un concepto de producto cultural de esos mismos intelectuales, en términos diametralmente opuestos.

El encargado de plantear esta discusión no será otro que David Viñas (“Los intelectuales y las revoluciones”, 26-28) a partir de “Siete hipótesis para la discusión”:

Historizar, periodizar. Un punto de partida prudente -y eventual- puede ser el esfuerzo por despojar el concepto de izquierda en la Argentina de una serie de connotaciones que lo ha tornado, una y otra vez, abstracto e infecundo. O a lo sumo, como patético campo de batalla ideológico donde, por lo general, diversos grupos que se reivindicaban como izquierdistas, lo único que hacían era tirarse por la cabeza citas descontextualizadas. [Viñas distingue aquí dos ramas de izquierda, descendientes de la inmigración: una, elitista encarnada en Payró o Ingenieros; otra, popular, en los movimientos anarquistas-sindicales]

[...] Ante ese doble trazado -y para no abundar- alguna izquierda debe encontrar un lenguaje que se haga cargo de un desafío frente al cual, tradicionalmente, no ha sabido cómo responder [...] con otras palabras si se quiere ¿el aleph de la izquierda? No un número de oro inmutable, sino un tres catorce dieciséis que se vaya trocando en estilo. Y el estilo, como se sabe, es el hombre. Sí: el hombre al que uno se dirige. Mejor: el estilo de la izquierda argentina debe ser la mujer a la que se quiere seducir. El público, la comunidad a la que se pretende convencer.

[...] Pasado utilizable y parricidio prolongando el criterio histórico -sobre todo el contextualizador-, y asumiendo desde ya una óptica diacrónica, correspondería subrayar otro ademán reiterado en la izquierda argentina. En particular, en la franja intelectual: la ferocidad, el desdén o la ignorancia con que se despanzurran o desprecian las experiencias históricas anteriores. Y hablo, por supuesto, del 1900 a la fecha.

La pregunta aquí es cuál es el fantasma que recorre la nueva publicación. ¿Por qué en la primavera democrática esta furibunda insistencia por las izquierdas? ¿Por qué esta necesidad por situarlas? ¿Por qué este salvaje ajuste de cuentas hacia adentro? ¿Es el espacio de las izquierdas el responsable del estado de cosas? ¿Son los intelectuales de izquierda los responsables por el estado de cosas? ¿Es la fragmentación y el borramiento al interior de las izquierdas lo que ocupa exclusivamente el nuevo proyecto? ¿Por qué?

Es evidente que este primer número de *Crisis*, segunda época, está cerrando un ciclo; el párrafo final del artículo de Viñas lo dice claramente:

Desafíos y puntos de partida. Quisiera hablar del umbral indispensable a partir del que se puede ir esbozando un proyecto. [...] el umbral está marcado en América Latina por las muertes de Allende y Guevara. Marcas fúnebres. Qué duda. Pero en cuyo revés de la trama no sólo hay que leer los límites de la condescendencia del parlamentarismo tradicional o los errores tácticos de una estrategia cabal, sino la vigencia y no precisamente el “revival” del marxismo. Entendámonos: no de un marxismo progresista y más o menos tolerado; tampoco eso que suele llamarse humanismo marxista. Ni cielos ni cataplasmas. Tampoco una escolástica de santoral académico. Hostias no, ni happy end: textos clausurados los dos, al fin de cuentas. Y mucho menos citas intimidatorias o la consabida ortopedia catequística. ¿Un marxismo desilusionado y trágico quizá?

Ahora habría que empezar con otra cosa y el desafío está marcado. El problema será ver si quienes escriben *Crisis* lo lograrán o no. La breve historia de esta segunda época y la derivación comercial del proyecto, en cualquiera de las dos formas, *Fin de Siglo* o *Crisis* -tercera época- muestra una imposibilidad interna al proyecto. Si en el '76 podía decirse que el cierre venía impuesto desde afuera, en el '87 o en el '89 la polémica -en este caso destructiva- está instalada dentro de los medios de prensa y entre los intelectuales.

Son los propios intelectuales, ahora, los que no pueden llevar adelante el proyecto, fundamentalmente por cuestiones personales, los que se ven sometidos a internas constantes y cortantes, aislándose cada vez más de una sociedad que no pueden comprender y mucho menos explicar. Hay una variación, política y social, entre el '76 y el '86 que los intelectuales de la revista no alcanzan a medir y una brecha que suponen suturable, a través de una discusión por el posicionamiento de las "izquierdas" como apuesta a la edificación de un programa, necesario hacia atrás pero cuestionable hacia delante.

Los escritores visitados por el número 53, con el que se cierra esta segunda época de *Crisis*, son otra vez David Viñas, Osvaldo Bayer, Caetano Veloso, Chico Buarque, Julio Huasi, Rodolfo Walsh, Eduardo Galeano, Osvaldo Soriano. Si bien se trata de autores silenciados por la dictadura, conveganos en que para el '87 se trata ya de consagrados. Nada nuevo bajo el sol. Y si el objetivo primero había sido la "divulgación" de la literatura y las artes latinoamericanas bajo la expresión de una izquierda nacionalista, *Crisis*, segunda época, perdió el rumbo no por colocarse a la altura de las circunstancias políticas -la nueva democracia y sus debilidades-, sino, todo lo contrario, por enclaustrarse en rencorosas discusiones que a la postre resultaron no sólo estériles sino, incluso, autodestructivas, tal como lo reconoce Zito Lema en su nota de despedida:

Sonábamos en el exilio volver al país y revivir Crisis. Lo hicimos, pudimos aferrarnos a la gloria del pasado, ser los veteranos de otras ilusiones, pero aprendimos que era necesario aceptar el desafío de la cambiante realidad. [...]

Nos dicen nuestro editores, entre otras cosas: no podemos seguir con una revista que nos demanda esfuerzos y que cada día se aleja de nuestras ideas y de nuestras manos. [...]

Cada parte intenta responder a sus intereses y sin mezquindad.

Conocemos las reglas del juego; las cartas están echadas. No hay vuelta atrás.

Y Jozami, al iniciar la tercera época confirma:

Desde su primera entrega, en mayo de 1973, Crisis inauguró un estilo, un modo de interrogar la realidad dando voz a sus protagonistas, una concepción de la cultura que evita la mirada de especialista para integrar la poesía con el reportaje, el análisis sociológico con la obra de ficción.

Aquel país de los años '70 vivió vertiginosamente los tiempos de la crisis, tiempos de esperanza y transformación. Esta Argentina morosa de nuestros días reclama, junto a la reflexión, tantas veces postergada, audacia para imaginar una salida y espíritu abierto para escuchar a todas las expresiones de signo popular. Por eso seguimos en Crisis.

Al respecto, un comentario de Jorge B. Rivera a propósito de la reseña sobre un congreso de “Comunicación, sociedad y democracia”, celebrado en Mendoza por el Seminario Interdisciplinario Latinoamericano (SILA), incluido en el número 54 de la nueva *Crisis*, tercera época, apunta a

mostrar que el conflicto atraviesa no sólo la revista sino la intelectualidad toda en esta nueva etapa política del país. Dice allí, bajo el subtítulo “Cuentas saldadas y revivalismos”:

En líneas generales las ponencias del seminario reflejaron razonablemente la voluntad de retomar y actualizar los hilos de una producción teórica y metodológica que se estancó o fracturó entre nosotros hace una década. Yo diría que parecen satisfactoriamente saldadas las cuentas con lo más grueso del funcionalismo y de la tesis desarrollistas y cientificistas de los años ‘60, pero creo, al mismo tiempo, que ciertas viejas y discutibles ideas elitistas y apocalípticas (Macdonald, Adorno, Althusser, etc), tienen más lozanía -en las bocas más insospechables- y esto tal vez porque se relacionen con los revivalismos fantasmagóricos y trivializadores de la desmovilización posmodernista.

Me parece sugestivo que problemáticas teóricamente liquidadas o cuestionadas críticamente hacia los ‘70, como las de la manipulación, el hegemonismo, los alternativismos apoyados en la teoría de las vanguardias, el “denuncismo” fácil, etc, refloten ingenuamente (y no tan ingenuamente) en ciertas intervenciones del público, e inclusive de algún panelista suelto, enfáticamente empeñado en echar a andar para atrás la máquina del tiempo.

Si algo queda claro es que ahora, a diferencia de la propuesta setentista que había dado origen a *Crisis*, primera época, la política irá por un carril y el arte y la literatura por otro y ya nadie querrá juntarlos e, incluso, quienes quieran volver a poner en movimiento aquel imaginario no podrán hacerlo. Deberán optar por una línea o por la otra.

Notas

- ¹ . Una primera versión de este trabajo fue preparada para las IV Jornadas Críticas “Poéticas de la Crítica”, organizadas por la Cátedra de Teoría y Crítica Literaria II. Dpto. de Letras, FH, UNMDP, Mar del Plata, entre el 6 y el 8 de noviembre de 2003.
- ² . Los *Cuadernos de Crisis* publicados son veintinueve. En ellos predominan los temas políticos e históricos aunque también hay espacio para números dedicados enteramente a autores literarios -como Pablo Neruda o Juan Carlos Onetti- así como sobre la cultura del tango y el lunfardo. Como editorial, *Crisis* publica importantes títulos: *Vagamundo*, de Eduardo Galeano; *La encrucijada en la cultura nacional* de Ernesto Sábato; *Los reventados*, de Jorge Asís; *Retratos y Autorretratos* de Sara Facio y Alicia Dámico; *Mascaró* de Haroldo Conti, entre otros dedicados, más específicamente, a la cuestión política (*El saqueo de Bolivia*, de M. Quiroga Santa Cruz; *El marxismo latinoamericano de Mariátegui*, una antología de Jorge A. Ramos); los reportajes (*Marilyn Monroe*; *Salvador Allende*); la crítica literaria (*Cortázar y Carpentier* de Mercedes Rein; *Disociaciones y despojos* de Oscar Collazos; *Palabras en orden* de Jorge Ruffinelli) y hasta la poesía (*El Mangrullo -Obra poética, 1923-1973-* de Ricardo Molinari) para mencionar los más relevantes
- ³ . Para ampliar esta apretada síntesis, véase *30 años de revistas literarias argentinas (1960-1989)* de José M. Otero.
- ⁴ . Sobre la tercera época de esta revista, véase la entrevista realizada por mí, en agosto de 2004, a Eduardo Jozami. *Lean, che* N° 9, enero de 2006.

Bibliografía

Bocchino, Adriana (2006). “Sobre *Crisis*. Entrevista a Eduardo Jozami”. *Lean, che*, N° 9, enero: 1-3.

Crisis. 2ª Época (1986-1987). Una revista con los tiempos cambiados

De Diego, José Luis (2003). “El campo intelectual (1970-1976)”. *¿Quién de nosotros escribirá el Facundo? Intelectuales y escritores en Argentina (1970-1986)*. La Plata: Al Margen. 23-56. 2ª ed.

García, Paloma (1997). “Cuando Crisis era una linda palabra”, *Página 12*, 7/9/97: 24-25.

Otero, José M (1990). *30 años de revistas literarias argentinas (1960-1989)*. Buenos Aires: Catedral al Sur.